

No es de extrañar, pues, que en todas las épocas, aunque fuesen eminentemente academicistas, la chispa, el duende, el no se qué, el pensamiento divergente, diríamos hoy, pero en el fondo el fecundo germen creador está presente. Hagamos un breve resumen:

En plena Edad Media, cuando aún la literatura nacional no ha adoptado sus formas y tendencias más o menos definidas, tenemos fuertes individualidades: sólo citaremos a Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, y en los albores del humanismo, a Juan de Mena.

El primero de ellos, junto a su fervor mariano y su fe esencial y trascendente, se burla de todo lo accidental, del aparato externo, de los convencionalismos, de las costumbres, y así su libro es un canto a la Vida y todo lo que ésta puede darnos. Su moral es una moral humana, completa, en el sentido más horizontal y vertical que pueda pensarse; la mirada puesta en la otra vida pero viviendo ésta con una afirmación personal, individualizadora.

En Juan de Mena asistimos a una evasión en el tiempo y en el espacio con un total desequilibrio fondo-forma. La mitología sirve como excusa para extrapolar vivencias, experiencias y sobre todo, para dar cabida a cualquier tipo de elucubración por fantástica que sea, ya que todos están de acuerdo en su inexistente realidad concreta.

El Renacimiento es momento de equilibrio, de norma, todo ponderado. Pero bajo la capa de la perfección formal, la intensidad lírica puesta al descubierto. El sentimiento ha perdido su pudor y se pone en los escaparates del poema envuelto en rutilantes liras, tercetos o sonetos; bajo tan frágil envoltura cualquiera puede examinar, analizar y conocer su contenido. Si a esto añadimos el caudal de la abigarrada caballería y la novela amorosa, “*la incoherencia, el emocionalismo, la subjetividad y la melancolía que figuran entre las principales características de estas novelas, en que batallas, asesinatos y muertes repentinas desempeñan un papel que ningún ultrarromántico desearía recargar*”³, tendremos una visión más completa de lo que es el Renacimiento Español.

En esta época, en España, asistimos a dos tipos de corrientes: si una consulta el Diccionario para componer versos, la otra consulta sólo el corazón; y a mediados del XVI, el romanticismo nativo en España vence

3. E. ALLISON PEERS. “*Historia del movimiento romántico español*”. Vol. 1, pág. 28. Madrid, 1954.